

ARTÍCULOS

La ciudad y el numero

Giuseppe Zarone

Las perspectivas sociológicas y políticas de las I Sesiones de Ciudadanía son evidentes. De hecho, se multiplican en Europa, hasta donde yo sé, congresos y estudios sobre el fenómeno de las migraciones. Se percibe por doquier las dificultades políticas, sociales y económicas de una posible «integración» de individuos, procedentes del tercer y cuarto mundo, en busca de trabajo y de una emancipación de sus necesidades primarias en las sociedades «opulentas». Igualmente profundos son los interrogantes sobre el futuro de las «identidades» culturales, éticas, religiosas, políticas e históricas de las tradiciones nacionales europeas. El futuro de una sociedad multiétnica, pese al ejemplo de América (o acaso por eso mismo), no parece libre de incógnitas y riesgos.

Por ejemplo: ¿qué sentido tendrá en el futuro próximo saberse «ciudadanos» de un Estado, de una región, de una municipalidad? ¿Y qué consecuencias tendrá en la fisonomía de los Estados nacionales la «igualación de las condiciones» políticas —diríamos con Tocqueville—, a la que se llegará pronto, entre inmigrantes cada vez más numerosos y ciudadanos autóctonos? ¿Complicará todo esto el funcionamiento de las democracias europeas? De hecho, sólo la experiencia nos enseñará cuáles podrán ser, respecto a nuestras tradiciones políticas y culturales, el gobierno de sociedades multiétnicas europeas y los posibles remedios a los nuevos conflictos que emergerán en su seno.

Ahora bien; si las cuestiones que se discutan en los próximos días son de este tipo, ¿por qué se las quiere introducir mediante un tema tan inusitado como el de *La ciudad y el número*? Aun más, ¿por qué un *incipit* filosófico, que desplaza inevitablemente todas las preguntas a un plano meta-histórico y meta-político?

Como es sabido, la filosofía no resuelve problemas; esta sería tarea de las disciplinas científicas y técnicas. Desde siempre, la filosofía plantea cuestiones fundamentales y las discute comparando, incluso, perspectivas muy diversas. La filosofía interroga y se interroga aún sobre la verdad o, sobre todo

en la actualidad, sobre la no-verdad de las cosas, de los acontecimientos y de las palabras. Y ayuda a comprender e interpretar lo que sucede, atisbando siempre horizontes que van allende la contingencia, desafiando el ansia pragmática y de resolución de los que en toda situación difícil esperan a quien, como un médico, sea capaz de diagnosticar con precisión y prescribir remedios eficaces. La filosofía se demora en el pensamiento y enseña todavía a pensar «reflexionando»; por ello, se mantiene alejada de la prisa y de las ansias de proyectar de los técnicos.

¿Qué puede pensar y decir la filosofía a propósito de fenómenos singulares como las migraciones? Acaso nada; no se trata, en realidad, de problemas filosóficos.

Sin embargo, si se observa este fenómeno, es fácil advertir que, en su desnuda evidencia, no significa sino una repentina e inesperada «multiplicación» de los habitantes de un país, un crecimiento invasor de la «cantidad» numérica pura, a la que corresponde una hipertrofia «cualitativa», un caos babélico de razas, culturas, lenguas, religiones, etc. Se puede hablar, por ello, de un tamaño meramente «cuantitativo» y de un tamaño «cualitativo»; en todo caso, de un fenómeno dominado por el desarrollo «descontrolado» del «número», temido desde hace tiempo por las sociedades occidentales. El número siempre ha interesado a la filosofía.

Cuando algo se desarrolla allende los límites acostumbrados; cuando la dimensión numérica de un ente crece más allá de toda previsibilidad razonable —recuérdese el henchirse las olas del mar con la tempestad—, el hombre queda espantado, desorientado. De hecho, las grandes cantidades parecen siempre algo peligroso, fluido, penetrante, omniabarcante, como las aguas que cercaban la tierra y simbolizaban, en los mitos más antiguos, la inminencia de lo negativo, de las fuerzas hostiles. En nuestro caso, el espanto se manifiesta como una regresión a la *insecuritas* existencial, una especie de vuelta a la actitud arcaica del habitante de un lugar frente al «extranjero», al «otro», al «extraño»: *hospes* u *hostis*, amigo o enemigo?

Adviértase que la cantidad pura, el tamaño informe, el dilatarse del número puede producir angustia y parece, por lo demás, el revés del orden tradicional y habitual. ¿Por qué el número, con el que convivimos de manera tan pacífica y nos ayuda en los cálculos de la vida y en el desarrollo de las ciencias, en sus objetivaciones cuantitativas, suscita tales reacciones emotivas?

Hay que reflexionar. El número, el «cuánto», cuyo tamaño puede despertar temor, adolece de una ambigüedad y duplicidad originarias y actúa, por así decirlo, «enmascarado»: nos habla de lo múltiple sin referencia o del crecimiento incontrolado de un ente (por ejemplo, de los desesperados que huyen de Kosovo); nos ofrece la desmesurada dimensión de un caos y proporciona su unidad de sentido, un orden relativo a la «unidad de lo múltiple: orden me-

ramente cuantitativo, el de cifras que hablan de la realidad sin *pathos*. Por ejemplo, esta cifra: 1999. ¡Cuántos siglos, cuántos días, cuántos acontecimientos, cuánta vida, cuántas muertes, cuántos hombres, cuánto dolor, cuántas victorias en la cómoda neutralidad de un número: 1999!

Con estas premisas hemos de examinar brevemente, y con inevitable abstracción, dos cuestiones: 1) esclarecer, antes de todo, el «qué», el *oti*, el *ti esti* del número, con atención a su esencia ambigua, doble, de la que ya Platón fue plenamente consciente; 2) esclarecer, después, en la medida de lo posible, cómo y por qué en la ciudad, sobre todo en la ciudad moderna y «posmoderna» que denominamos metrópolis, megalópolis o ecumenópolis, se manifiesta, se hace visible, la esencia y el «destino» del número en la vida y en la historia del hombre.

I. HIPÓTESIS SOBRE LA ESENCIA DEL NÚMERO

Resumo brevemente y de manera aproximada mi punto de vista en tres tesis, que, sin embargo, siguen siendo hipótesis.

1. El número es siempre una unidad que designa una multiplicidad y la contiene de manera ambigua. Mil novecientos noventa y nueve, ¿es uno o son muchos? Ambos. Según algunos la unidad contiene en sí todos los números.

2. El ser es numérico. La tesis quiere decir, sumariamente, que el ser evidente, patente, no es sino múltiple, multiplicidad.

3. Todo lo finito es potencialmente infinito. Tomemos un número, por ejemplo, 1, y consideremos la serie de números que puede desarrollarse con él. Si el uno fuera únicamente finito, no habría otro después; pero, por el contrario, hay otro: podemos añadirle al uno otro uno, luego dos, tres, n números. Podemos aumentarlo por adición cuanto se quiera, infinitamente (para Hegel, este era un ejemplo de «mala infinitud»). Si luego se trata, ya no de un número, sino de una cosa (una flor, un perro, un hombre), su unidad, de nuevo, es y no es. Continuamente diferente de sí misma, es, en cuanto finita, al mismo tiempo infinita, múltiple.

Lo finito no es nunca *actualitas* o *perfectio*, sino siempre *possibilitas*, multiplicidad. El ente finito vive en el destino de sus innumerables posibilidades. Para Pirandello, el hombre es «uno, nadie y ciento mil», es decir, posee un rostro, ningún rostro, cien mil rostros. ¿Por qué ninguno?

Miremos la potencialidad opuesta. Si me fijo en la serie de los posibles valores que están detrás del uno, encuentro la nueva infinitud de los números negativos. Al cabo, detrás del uno encuentro el cero, que es la negación de todos los números.

Me pregunto si será fácil pasar por sustracción del uno al cero, como puedo pasar del cero al uno. El cero es el vacío, la nada; uno es lo finito, el ente.

¿Qué separa lo vacío de lo lleno, la nada del ser, y cómo lo separa? Entre el cero y el uno parece que haya otro infinito, un infinito negativo. ¿Negativo respecto a qué? Si divido cero entre uno (o uno entre cero), obtengo fracciones (0/1, 0/2, 0/3...), que no corresponden ni a uno ni a cero, sino a una fracción de uno o a un múltiplo de cero. Encuentro, así, un abismo infinito que amenaza a las cosas como el vacío del cero amenaza al uno. Entre el cero y el uno no existe ni la nada ni el mero ente, sino un infinito potencialmente negativo, poblado por la multiplicidad de híbridos, de cosas indefinibles, que puedo denominar casi-entes o casi-nada. De modo que cada unidad, cada ente finito se asoma, por el mero hecho de existir, a este vacío, a este barranco caótico en el que corre el riesgo de disolverse.

II. EL NÚMERO Y LA CIUDAD

Sabemos ahora que cada unidad de cosas se contradice a sí misma, es unidad y dualidad, un «caosmos», siempre en trance de disolverse, de perderse en lo múltiple. Platón, que, como todos los griegos, amaba la determinación, la estabilidad, la firmeza del ser, se dio cuenta, sin embargo, muy pronto, de la ambigüedad numérica de las cosas, de su frágil unidad. Si se investiga a fondo esto último, escribió en el séptimo libro de la *República*, «vemos la misma cosa como unidad y como pluralidad infinita» (525a). Después de Pitágoras, Platón conoció muy bien «la ciencia del número y del cálculo» y acaso fue el primer filósofo que se percató de que muchas cuestiones de la vida de la ciudad dependen del problema del número.

Sin embargo, antes de avanzar hacia el tema de la ciudad, tenemos que detenernos en otro aspecto de lo que he llamado ambigüedad del número. Por un lado, esta ambigüedad señala con el cero el vacío que amenaza a toda unidad, por tanto, a todo y, en particular, a esta cosa, a este ente al que llamamos hombre, exponiéndolo al riesgo de precipitarlo en la nada. Por otra parte, su dimensión múltiple corre el riesgo de escaparse a la medida, de acrecentarse sin control imaginable, de multiplicarse, haciendo que el ente se pierda no sólo en el vacío pre-numérico, sino en la exuberancia de lo hiper-numérico. Tal es el fenómeno que denomino «la inflación del número». *Inflare*, en latín, significa hinchar, introducir aire en un recipiente que se dilata y corre el riesgo de reventar como la rana que competía con el buey en la fábula de Fedro. Lo que se hincha como la rana pierde su fisonomía, su antigua identidad, aunque sigue siendo uno, al menos, formalmente uno. Ocurre lo mismo con el mundo más propio del hombre, con la ciudad, cuando, saliendo de sus viejas murallas, se dilata, se extiende allende sus límites, se sale de cauce como un río henchido y se multiplica indefinidamente: en el número de sus habitantes, en el de sus actividades, de sus producciones, de la moneda circulante o de

los medios de orientación y comunicación... Cambia, entonces, de rostro, pierde parte esencial de su ser, llega a ser irreconocible, tiende a disolverse en algo distinto de sí mismo.

Prefigurando casi tal posibilidad, Platón anticipó, siempre en el séptimo libro de la *República*, algo similar al principio moderno de la limitación de nacimientos. Los gobernantes habrían de controlar la cantidad de matrimonios en la ciudad y el resultado de tales matrimonios, para que el número en conjunto de ciudadanos no excediera de cierta medida, se conservara equilibrado e inalterado en la medida de lo posible.

Podemos preguntarnos ahora: ¿qué significa la expresión «destino del número»? Esta locución se refiere a la determinación histórica del ser (numérico) de la existencia humana y de su «mundo de vida» que denominamos «ciudad». El destino del número indica los extremos negativos ya descritos: el vacío del cero (el no-ser, la nada) y la dilatación inflacionista, es decir, el espacio y el tiempo de la «mala infinitud», el múltiplo de lo múltiplo..., que no es sino otra forma de aproximación a la nada. La diferencia entre ambos (el vacío y lo meramente múltiple) apunta al casi-cero de la vida humana, un umbral nihilista que se manifiesta hasta la más extraordinaria evidencia no en la *polis* antigua, medieval y moderna (la ciudad amurallada y provista de torres: Atenas y Jerusalén, Ávila y Lucca, Aviñón y San Gimignano), sino que se revela y llega a ser verdad patente en la metrópolis contemporánea y luego en la megalópolis o planetópolis posmoderna.

Ahora bien; mi tesis es esta: el destino de lo numérico es nihilista y se cumple en los fenómenos más importantes de la «complejidad» metropolitana. No somos capaces de prever si, cuándo y cómo tal cumplimiento llegará a su último fin y en qué condiciones, como sugirieron Nietzsche y Heidegger.

III. ASPECTOS DE LA COMPLEJIDAD METROPOLITANA: TIEMPO, ESPACIO Y NÚMERO

Se suele llamar metrópolis a la ciudad dispersa, a algo como un enorme *puzzle*, como un rompecabezas. Oprimida por todos lados por el azar y los estremecimientos de un cambio inagotable, «esta» ciudad escapa al principio de razón (y cambia el estatuto de la filosofía). En la consciencia del filósofo, incluso su no-verdad parece, de hecho, inasequible, al diferir continuamente de sí misma, siendo un *quid* que ha de interpretarse como una casi-cosa y una casi-nada y describirse, sobre todo, en sus fenómenos de superficie, sin ignorar, por otra parte, que lo que queda de antiguas identidades ciudadanas sólo se conserva en los «centros históricos», reducidos a museos abiertos a la curiosidad de los turistas. Una descripción de la metrópolis coincide completamente con una «fenomenología de la superficialidad», por lo demás muy divertida. De tales fenómenos presento ahora un breve, pero esencial elenco.

1. En el cuento de Edgar Allan Poe que lleva por título *El hombre de la multitud*, asistimos, quizás por vez primera, al descubrimiento de la multitud de una ciudad moderna. En este cuento, el narrador observa a los transeúntes de Londres a través de la vidriera de un café. Su mirada no logra dirigirse a los individuos singulares, sino a la masa que sólo puede distinguirse por «relaciones colectivas» y por una inmediata distinción social. Todos chocaban, cuenta Poe, o trataban de evitarse, porque «parecían no ocuparse de otra cosa que de abrirse un hueco en la muchedumbre»: en la muchedumbre, en efecto, se muestra la competición propia de la multiplicidad. Como en el vacío en que ocurre la caída de los átomos según Demócrito, en el Londres de Poe, mutaciones, vida y muerte dependen, curiosamente, de la casualidad de un choque. Quien mira el vaivén de la masa por las calles, debe contradecir el principio leibniziano de los «indiscernibles». Discernir en la acumulación numérica alguna unidad «discreta» es casi imposible: todo tiende, vertiginosamente, a «igualarse», hasta la *mimesis* más completa, que, por otro lado, al hombre de la multitud del siglo diecinueve, le parece liberadora, como el perderse en una unidad mística.

Elias Canetti intuyó y elaboró este aspecto de manera genial: «En el seno de la masa domina la igualdad», «el estado de la masa podría ser definido como un estado de igualdad absoluta» (*Masa y poder*). Por ello, añade: «La masa necesita dirección». Se puede observar que las formas clásicas de las democracias ya no fundan la igualdad, sino que son rebasadas, «desfondadas» por la forma prejurídica de la igualación de la masa. Donde «reina» el número, la política tiene que oscilar entre el decisionismo y la anarquía.

2. La masa representa la unidad espontánea de la caótica multiplicidad metropolitana (a la que en nuestro tiempo se une el flujo migratorio); ahora bien: la vida cotidiana de la masa no logra distinguirse de la indefinición caótica de su propio tiempo. Sustraída como está a los órdenes cósmicos e incluso convencionales del reloj, se reduce a algo similar a lo *dorgico* (indeterminado) de las espumas de las olas del mar o al confuso movimiento de las nubes del cielo. En la vivencia, el tiempo penetra cada vez menos como sucesión de recuerdo-proyecto espera y cada vez más en forma de *shock*, encuentro angustioso y amenazador con lo imprevisto, lo no-proyectable, la contingencia que se sustrae a los imperativos del orden. La llamada «complejidad» de la vida social (e individual) depende de «esta» dimensión del tiempo, que, desde luego, no es nueva, pero que ahora se eleva a potencia primaria de lo múltiple. La espacialidad de esta potencia no es representable geoméricamente mediante la clásica recta, sino mediante un punto movilísimo que puede durar lo que una centella. Viviendo en la dimensión del «casi», entre algo y nada, determinado e indeterminado, el punto se deshace en posibilidades y alternativas. A cada momento el individuo está obligado a elegir,

a decidir. El ansia psíquica que nos afecta a todos, siempre «en busca de tiempo», nace de la dificultad constante de entregarse a un tiempo propio, de tener, por el contrario, que enfrentarse a la contingencia y escoger o «seleccionar», como dice Luhmann (en quien se inspiran estas consideraciones), las alternativas. ¿Quién nos salva de esta pena de vivir? Lo sabemos todos: existen en cada esquina, a cada hora del día, «muletas tecnológicas» que sostienen nuestra insuficiencia y producen dependencia e igualamiento de las maneras de pensar y de actuar. El gran incremento de la racionalidad de organización y de sistema no es, en absoluto, un índice de progreso, como ingenuamente se cree, sino el remedio racional, «científico», para gobernar el desorden, de otro modo irremediable, del «tiempo de la vida», de la índole caótica y sin referencia del suceder: nace de la ambigüedad del número y la reproduce en dimensiones agigantadas.

3. Si los instrumentos técnicos dan espacio al tiempo de manera artificial y precaria, ¿qué pasa con el espacio cósmico? No se suprime, sino que es reducido a variable dependiente del espacio artificial de la ciudad; del más al menos, se identifica con los sistemas de ordenación del tiempo que dominan las desconocidas propiedades de la índole planetaria del espacio de la inmensa ciudad. Este espacio coincide, en efecto, con la tupida red de las relaciones de comunicación, con respecto a la cual los caminos terrestres, marítimos y aéreos necesarios a los medios automáticos de movimiento son poca cosa; ahora bien: el espacio coincide con la red aún más tupida, pero casi invisible, de las comunicaciones de informaciones e imágenes que viajan por las ondas. El espacio cotidiano conoce cada vez menos las fatigas y las luchas de la vida del hombre, propias de la ciudad tradicional. En compensación, ve terriblemente menoscabada la posibilidad de ampliar los horizontes de la experiencia y de la vida; estos le son impuestos por el exterior, por la dirección cibernética de los medios de comunicación, que incesantemente transmiten mensajes informativos y visuales. La experiencia se ha librado de la fatiga, pero a costa de repetirse indefinidamente (como las imágenes de Andy Warhol, que constituyen una perfecta interpretación de esto) y, en consecuencia, de manera previsible, trivial, a veces vulgar, y sustraída a las maravillas de lo desconocido. El espacio y el tiempo de la metrópolis se convierten en realidades abstractas y, en cierto modo, revelan su esencia numérica, de cantidad mensurable, objetivable, manipulable.

Donde domina el número, decae, con la metafísica, también la vida privada de su espontaneidad, encerrada en la «jaula de hierro» de estructuras sistémicas. Un casi-nada, un poder y un residuo inesencial, un destino.